

El ajedrez en “El Sistema”, novela de Ricardo

Menéndez Salmón

Andrés Garrido

andresgarrido.com/

La manera en la que el ajedrez es utilizado a lo largo de la novela “El Sistema” es reveladora de las limitaciones del libro.

Al principio, algunas de las partidas más conocidas para el aficionado van desfilando por sus páginas.

“De noche, bajo un confuso aguacero, el Narrador admira cómo Paul Morphy da jaque mate a ciegas, en dieciocho jugadas, a un binomio de rango: el duque de Brunswick y el conde de Isouard. Sobre el tablero, la única nobleza real: la inteligencia.”

Más adelante:

“Filadelfia, 10 de febrero de 1996. Deep Blue 1-Kasparov 0. Amanece una nueva era. El hombre se ha derrotado a sí mismo.”

También se mencionan otras, como la partida Tahl-Hjartarsson, en la que el genio de Riga derrota a su joven rival con el increíble peregrinar de un caballo por todo el tablero.

El juego-ciencia aparece como “la única paz de la jornada”, “la única nobleza real: la inteligencia”.

También como el primer territorio en que la máquina derrota a la inteligencia creativa de los hombres. Esto es hábilmente presentado como

la derrota del hombre por sí mismo, pues es el hombre quien fabrica la máquina.

Más adelante, sin embargo, nos encontramos con que:

“Tras la cena, Buena Muerte pide al Narrador que le enseñe el movimiento de las piezas de ajedrez. El Narrador recuerda a su padre en otra noche improbable, que solo posee sustancia como trama de un relato. —Como la música —dice su padre—, el ajedrez le ha sido vedado a la mayoría de los hombres. (...) —Jugar al ajedrez es muy sencillo; comprender el juego, hacer ajedrez, es casi imposible. (...) —Llevo treinta años jugando al ajedrez, pero aún no he comprendido nada. Ni siquiera el nombre de las piezas. (...) —Peón —dice Buena Muerte—. Alfil —dice Buena Muerte—. Caballo, torre, dama —dice Buena Muerte. —Y rey —dice el Narrador.”

Esto de poner a la muerte (buena o mala) y el ajedrez parece un puto homenaje a Ingmar Bergman y su “Séptimo sello”. El director sueco probablemente sacara su idea del mural de Albertus Pictor. No importa. Lo que importa es que el uso que hace Menéndez Salmón no añada nada. Es kitsch.

No será hasta más tarde que se haga un esfuerzo por integrar el ajedrez en el discurso:

“Es probable que todos hayan llegado a ese punto desde el cual no es posible el regreso a las antiguas posiciones, del mismo modo que, en el juego del ajedrez, alcanzado cierto momento de la partida, en especial cuando uno de los contrincantes se ha embarcado en una combinación de ataque que exige el sacrificio de piezas, no se puede aspirar ya a nada que no sea la inmolación o el éxtasis”.

En realidad, no era necesario haber mencionado el ajedrez en absoluto a lo largo del libro para presentar símil semejante.

A partir de aquí, las pocas veces que se vuelva a utilizar el ajedrez, será ya para comparaciones falaces:

“Cierras los ojos como hacen los maestros de ajedrez en los momentos de auténtico vértigo, al discriminar una verdad profunda, un motivo de motivos que sobrevive más allá de su concreción en la dinámica de las piezas, y admiras una superficie desnuda e indemne extenderse ante tus ojos”.

También:

“Sus manos, vistas desde donde te encuentras, son como relámpagos sobre el agua. Se deslizan con una severidad que no corresponde a la edad de su dueño, con la rotundidad con la que un ajedrecista dispondría sus fuerzas sobre el tablero”.

Estos son dos ejemplos significativos de la fallida retórica del libro.

Hasta donde yo sé –y he visto jugar a muchos grandes maestros de ajedrez, a algunos de los cuales he tratado personalmente–, no acostumbran a cerrar los ojos al discriminar “verdades profundas”, “motivos de motivos” ante el tablero...

Y, retórica fiambre aparte, ¿cómo puedes cerrar los ojos y admirar *“una superficie desnuda e indemne extenderse ante tus ojos”*?

Respecto al último de los ejemplos seleccionados, la comparación no se entiende: si las manos se deslizan como relámpagos sobre el agua, ¿dónde está la “rotundidad”?

Se me dirá que para eso, para aportar rotundidad (suponemos que en el sentido de precisión y firmeza), se añade la comparación con la manera en que el ajedrecista dispone sus piezas.

Pero para que movimiento y firmeza funcionaran con unidad en el símil, habría que utilizar otro verbo –no “disponer” las piezas sobre el tablero. Y entonces la comparación con relámpagos sobre el agua sobraría.

Me da la impresión de que aquí, como en muchas partes del libro, la prosa de Menéndez Salmón aparece recargada.

Habría que ser Ramón Gómez de la Serna para dar tres imágenes perfectamente engarzadas en una frase, pero Ricardo no acierta a dar dos.

Afortunadamente, el ajedrez desaparece del libro sin que se hubiera entendido muy bien para qué apareció.